

mero de hombres entró en Oremburgo con el jefe de la expedición; era una repetición en pequeño de los desastres experimentados por el ejército francés en su retirada de Moscou.

Los rusos habían, pues, fracasado en el Turquestan, como los ingleses en el Afghanistan; empero la Rusia no abandona jamás una presa que una vez ha codiciado; tomó su revancha en 1854 é impuso al khan de Khiva un tratado de alianza que le coloca bajo su dependencia.

No solamente en el Asia central sino también en el extremo de Oriente se trabó la lucha entre la Rusia é Inglaterra; el Japon y la China, especialmente este último país, fueron el teatro de esta guerra diplomática. La Rusia, que ocupa ya la China por el norte y el noroeste por medio de la Siberia, y que por estos dos lados la ha quitado territorios considerables, en otro tiempo colocados bajo la soberanía china, había, al cabo de mucho tiempo, conseguido acreditarse cerca de la corte de Pekin, á pesar de las desconfianzas y perfidia de esta corte. Sostenía en la capital una misión religiosa, que era una verdadera embajada, y la China, cerrada á todos los extranjeros, permanecía de esta suerte abierta á los rusos. Los ingleses no podían ver con indiferencia este estado de cosas. No ansiaban conquistar la China, porque las dificultades de la conquista de la India les hacían desistir de tal pensamiento; pero buscaban en este inmenso imperio una salida para su comercio. La India se agotaría pronto si continuaba siendo la única que suministraba el oro que de ella saca Inglaterra; los productos de la India, llevados á otros países, procuran este oro que acaba por llegar á las manos de los señores del Indostan. La China era un demasiado rico mercado para que los ingleses no se ocuparan de adquirirle, por lo cual, cuando intentó cerrarse á sus comerciantes, la declararon la guerra.

La China no se había resentido con las agitaciones de Europa; pero la dinastía tártara que la gobierna estaba en decadencia desde el reinado de Kia-King (1795-1820); una secta llamada del *Nenufar*, que tiene por objeto expulsar á los tártaros de la China y restablecer la antigua independencia, había tomado grandes proporciones, que más tarde debían ser causa de una formidable insurrección. Bajo el reinado

de Kia-King fué cuando tomaron alguna importancia las relaciones de los ingleses con la China; entonces empezó á hacerse en grande escala el comercio del opio, que la India produce en abundancia, y los chinos se acostumbraron á fumar con pasión esta peligrosa sustancia, que ejerce sobre la inteligencia tan funestos efectos y que acaba por destruir la salud y la vida. Cuanto más aumentaba esta pasión de los chinos, tanto más crecían las rentas de la India, y los ingleses se encontraban así impulsados á extender un comercio que daba por resultado el embrutecimiento de todo un pueblo. En 1815 y en 1817 habían importado en China hasta 3.210 cajas de opio; en 1837 este número se elevaba á la cifra enorme de 34.000, produciendo un beneficio de cerca de ochenta millones de francos. El gobierno chino, que desde fines del siglo pasado había tomado severas medidas para prohibir la venta y el uso del opio, y que estaba sostenido por los rusos en sus disposiciones de desconfianza respecto de los ingleses, pensó en poner un término á tan desastroso abuso.

La cuestión que debía ser causa de la guerra nació en el reinado de Tao-Kouang (1820-1850), en 1834, en el momento en que espiraba el privilegio concedido á la compañía de las Indias de traficar con el celeste imperio. En esta época, el comercio, hecho libre, hizo llegar á Canton, único puerto de la China abierto á los europeos, un gran número de ingleses, á quienes su gobierno no podía dejar expuestos al capricho y á la rapacidad de sus mandarines. Lord Napier fué, pues, nombrado superintendente en jefe del comercio de los ingleses en China y se trasladó á Canton; sin embargo, los chinos se negaron á reconocer el título de lord Napier, que murió sin haber alcanzado las ventajas que se esperaban sacar de su misión. El emperador renovó las prohibiciones contra el opio, el cual solamente como contrabando pudo penetrar en China; verdad es que este contrabando se ejercía casi impunemente, merced á la connivencia de los mandarines, á quienes reportaba grandes beneficios su prevaricación. En 1838 los ingleses introdujeron en China 4.375.000 libras de opio, que representaban un valor de más de 100 millones de francos pagados al contado. El prohibido comercio quitaba, pues

á la China sumas considerables, al mismo tiempo que favorecía un vicio embrutecedor. El emperador Tao-Kouang, indignado de la audacia de los bárbaros, que no respetaban sus leyes, resolvió acabar con ellos y envió á Lin (Lium-tsé-sin) á Canton en calidad de comisario imperial, con plenos poderes para hacer ejecutar sus órdenes.

El capitán Elliot era á la sazón superintendente inglés desde 1839. A fines de Marzo de 1839 se vió repentinamente encerrado con los extranjeros en las factorías de Canton, privado de alimentos y amenazado de muerte por los soldados y por el populacho para que entregara á las autoridades todo el opio que se encontraba á bordo de los navíos ingleses en las aguas de China: 22.000 cajas de opio fueron de esta suerte entregadas por el capitán Elliot en persona, y el gobierno chino negó toda satisfacción por una violación tan marcada del derecho de gentes (7 de Junio de 1839.)

La Inglaterra no podía, sin renunciar á toda influencia en China, tolerar tal estado de cosas. Después de haber agotado todos los medios de conciliación, se decidió á hacer la guerra, y el 28 de Junio de 1840 una escuadra apareció en el río de Canton con su ejército de desembarque. Un puñado de europeos iba de esta suerte hasta las extremidades del mundo á combatir á un imperio que no cuenta ménos de 200 millones de habitantes. El 24 de Julio los ingleses se apoderaron de la isla de Chusan (Tchon-Chan), sobre la costa del Tche-Kien, al sudeste de Nankin, y el 11 de Agosto Elliot entraba en las aguas del río Pei-ho que conduce á Pekin. Asustado el emperador, aparentó querer entrar en negociaciones; los ingleses volvieron á Canton, impusieron á la ciudad una contribución de 26 millones y creyeron que la paz estaba restablecida. Empero los chinos solamente habían entrado en negociaciones para alejar á los ingleses de su capital y para hacer tiempo para ponerse en defensa: fué preciso decidirse á castigar la deslealtad china, por lo cual sir Enrique Pottinger fué nombrado lord comisario y plenipotenciario de la reina Victoria en China, y el almirante Parker recibió el mando de la flota, mientras que sir Hugh Gough tenía el mando en jefe de las fuerzas de tierra.

Los chinos se prepararon á una vigorosa resistencia. El emperador Tao-Kouang lanzaba las más insultantes proclamas contra los bárbaros de Occidente, y hablaba de enviar un ejército de 300.000 hombres á la conquista de Inglaterra: estas ridículas amenazas no impidieron á los ingleses apoderarse sucesivamente de Amoy ó Emuy, plaza que los chinos consideraban inexpugnable, de Chusan, de Chang-hai, de Ning-po, de Chin-King-fou, etc.; el 6 de Agosto de 1842 sus buques, que habían subido la corriente del Yang-tse-Kian, aparecieron delante de Nankin. El emperador Tao-Kouang se vió entonces precisado á reconocer la superioridad de los bárbaros y á entablar serias negociaciones, que fueron seguidas por el ministro Kying.

El 26 de Agosto los plenipotenciarios chinos firmaron el tratado de Nankin, en virtud del cual los puertos de Canton, de Amoy, de Tou-tchou-fou, de Ning-po y de Chang-hai fueron abiertos á los ingleses, los cuales obtuvieron además la cesión de la isla de Hong-Kong, en la bahía de Canton, la regularización de los derechos de aduanas, la admisión de los cónsules de su nación en los cinco grandes puertos del imperio, la completa igualdad de los dos gobiernos en sus relaciones oficiales y una indemnización de 120 millones de francos por gastos de guerra.

En cuanto al opio, no se hizo de él mención en el tratado, pero la Inglaterra, victoriosa, no hizo otra cosa sino extender su comercio á pesar de que solamente podía ejercerse por contrabando: desde el año 1843 los ingleses introdujeron en China 40.000 cajas, que les valieron más de cien millones de francos, y este odioso tráfico va tomando cada año mayores proporciones.

El gobierno francés, que había mirado con bastante indiferencia la guerra de los ingleses en China, pensó aprovecharse de los derechos que el tratado de Nankin aseguraba á todos los extranjeros. Los Estados-Unidos le habían precedido; el 3 de Julio de 1844 celebraron un tratado de comercio con la China; M. Guizot, á la sazón presidente del Consejo de ministros, siguiendo su ejemplo, envió una embajada, cuyo jefe era M. de Lagrenée que, á su vez, celebró en Wampoa el 24 de Octubre de 1844 con

los plenipotenciarios chinos un tratado especial que reproducía los convenios del tratado inglés. Empero el embajador francés no se contentó con estipular ventajas mercantiles, sino que además alcanzó tres decretos imperiales en favor de los misioneros católicos y de los cristianos, tantos años había perseguidos. El primero de estos decretos permitía á todos los chinos abrazar la religion cristiana, declarándola, no solamente tolerable, sino tambien digna de recomendacion; el segundo daba, como signo distintivo del cristianismo, el culto de la cruz y de las imágenes; el tercero prescribía la restitucion de las iglesias construidas desde el emperador Kang-hi (muerto en 1722), excepto todas aquellas que hubieran sido ya convertidas en pagodas ó en edificios públicos. Sin duda, el gobierno chino no estaba dispuesto á cumplir estos decretos, y la persecucion no debía tardar en volver á empezar, si bien los cristianos y los misioneros obtuvieron algun tiempo de reposo; fueron creadas cuatro nuevas diócesis, y la Francia tuvo entre sus manos una acta oficial que la daba el derecho de hacer oír algunas reclamaciones y de apoyarlas con la fuerza en caso de necesidad. Las negociaciones de M. de Lagrenée honraron á la vez al gobierno francés y al diplomático sinceramente católico, que á buen fin las habia conducido.

Los extraordinarios engrandecimientos de Rusia y de Inglaterra en Asia daban una importancia cada vez mayor á la situacion de la Turquía: la rivalidad de las dos potencias formaba, en Asia, un equilibrio del que se aprovechaba la Europa; pero si Rusia llegaba hasta Constantinopla, se rompería este equilibrio, la Inglaterra no podría resistirla, y dueños de toda el Asia y de la mitad de la Europa, los sucesores de Pedro el Grande lanzarian millones de soldados sobre el Occidente, al cual sería imposible rechazar esta nueva invasion de los bárbaros. Importa, pues, á la Europa, y al porvenir de la civilizacion, que la Turquía continúe siendo independiente, ó al ménos, que si el imperio otomano sucumbe, las diferentes partes que le constituyen no caigan en poder de la Rusia y que conserven bastante fuerza para mantenerse al abrigo de sus golpes. Tal es el gran problema político que se designa bajo el nombre de cuestion de Oriente y que resulta de

la situacion del imperio otomano, de la crisis que viene atravesando desde principios de este siglo y de la imposibilidad de su duracion bajo los degenerados sucesores de Mahomet II y de Soliman el Magnífico. En esta cuestion se encuentra naturalmente comprendido todo lo que se refiere á los intereses y á la situacion política y religiosa de todos los países unidos al imperio otomano, ó que hace poco tiempo se han separado de él, como los principados del Danubio, el Montenegro, el Egipto, los Estados berberiscos (Túnez, Trípoli), la Grecia y las provincias del Cáucaso. Segun hemos visto en el párrafo anterior, la cuestion va más lejos aún y comprende los intereses relativos á la Persia, al Afghanistan, á la India, á la China y al Japon.

La Rusia no ha cesado de codiciar la posesion de Constantinopla desde que ha llegado á ser una potencia considerable. Apoyándose en las simpatías de los cismáticos griegos, ayudada por las divisiones de Europa, ha creído más de una vez alcanzar su anhelado objeto. Despues de 1830 las circunstancias parecen tanto más favorables, cuanto que la Europa, ya debilitada por los grandes trastornos de fines del siglo diez y ocho y principios del diez y nueve, se hallaba nuevamente dividida de resultas de la revolucion de Julio, y que la Francia, profundamente agitada, no tenía la calma necesaria para volver su atencion al lado del Oriente, ni una posicion bastante fuerte para influir sobre las resoluciones de las potencias. Una guerra entre el sultan y su temible vasallo el virey de Egipto, fué causa de la explosion é hizo entrar á la cuestion de Oriente en una fase que podia promover una guerra general, si la Francia no se hubiera encontrado en una situacion revolucionaria y si la Inglaterra no hubiera tenido interés en unirse momentáneamente á la Rusia.

Las relaciones del gobierno de Julio en estas dos grandes potencias eran de un carácter bien diferente. La Inglaterra, aunque tenía un ministerio tory en 1830, habia inmediatamente reconocido al rey Luis Felipe, en quien con razon veía un partidario decidido de la alianza inglesa: esta alianza estaba en las tradiciones de la familia de Orleans, y el nuevo rey tenía necesidad de ella para mantenerse en el trono. La venida de un ministerio whig, en 1831, no podía

ménos de estrechar esta alianza; sin embargo, lord Palmerston mostró desde luego disposiciones poco benévolas con respecto á Francia. Ya en 1834 habia tratado de excluirla del tratado de la Cuádruple alianza; en 1835, habiendo algunos movimientos insurreccionales estallado en Grecia contra el rey Oton, acusó, sin fundamento alguno, cerca de las demas córtes, al gobierno francés de haberlas favorecido para imponer una constitucion al jóven rey.

Sea como quiera, es lo cierto que entre la Francia y la Inglaterra reinaba una alianza cordial; no se podía decir otro tanto de las relaciones con la Rusia. El czar Nicolás, sucesor de Alejandro I, defendía con calor el principio de la legitimidad; Luis Felipe lo sabia. Así es que desde el 19 de Agosto de 1830 se habia apresurado á escribirle, notificándole su advenimiento: en su carta deploraba los sucesos de Julio, que él calificaba de *catástrofe*, y se presentaba como una especie de víctima que habia tenido que aceptar la corona para evitar mayores desgracias. Nicolás recibió con altanería al general Athalin, enviado del rey de los franceses; en su contestacion no empleó las frases consagradas en las correspondencias entre soberanos, *mi señor hermano*, y al mismo tiempo que decía que pedía á la Providencia bendijera las buenas intenciones y los esfuerzos de Luis Felipe para labrar la felicidad de Francia, calificaba á la revolucion de Julio de *suceso para siempre deplorable*. La conducta del gobierno francés sobre la insurreccion de Polonia no calmó al czar, y continuó la frialdad entre las dos córtes, durante todo el reinado de Luis Felipe. Nicolás tenía contra él dos grandes cargos: la manera con que habia subido al trono, y su alianza con Inglaterra. Contra esta alianza, dirigió primeramente el czar los esfuerzos de su política; para romperla no vaciló en ponerse al lado de la Gran Bretaña sobre la cuestion de Oriente, á pesar del antagonismo de intereses que debía dividir á las dos potencias.

El gobierno de Julio, para hacerse aceptar, se esforzaba cuanto le era posible por permanecer en la inaccion con el exterior; pero, sin embargo, se vió obligado á obrar en muchas circunstancias. Se le vió intervenir en Bélgica, y enviar sus tropas al pié de los muros de Am-

beres, si bien Luis Felipe habia tenido antes gran cuidado de rehusar la corona que los belgas ofrecían á uno de sus hijos. Habia podido abstenerse de intervenir en favor de la Polonia; más atrevido que el rey, Casimiro Perier hizo la expedicion de Ancona y la del Tajo, que revelaban cierto vigor, pero que no se dirigían á países que no se hallaran en estado de defenderse. En los negocios de España y de Portugal no tuvo ninguna intervencion directa; M. Thiers, presidente del Consejo y ministro de Negocios Extranjeros (desde el 22 de Febrero de 1836), presentó su dimision porque el rey se negaba á sostener con más energía la causa de Isabel II. El ministerio que siguió (6 de Setiembre de 1836), que tenía por presidente á M. Molé, no duró más que algunos meses, si bien él mismo fué encargado de formar el que le reemplazó (15 de Abril de 1837), y que duró cerca de dos años.

Cuatro sucesos principales, referentes á la política exterior, se cumplieron mientras duró este ministerio; el casamiento del duque de Orleans, la intervencion en América, el reconocimiento de Bélgica, y la evacuacion de Ancona.

El primero fué el casamiento del duque de Orleans, Fernando, hijo primogénito del rey. Despues de muchas inútiles tentativas y de negativas numerosas, Luis Felipe consiguió, por fin, obtener para el duque de Orleans, heredero presunto de su corona, la manó de una princesa luterana, Elena, hija del gran duque de Mecklemburgo-Schwerin. La princesa Elena tenía grandes cualidades: más tarde debía dar pruebas de un enérgico carácter; pero la opinion pública, en Francia, acogió poco favorablemente una union que por primera vez colocaba á una protestante en las gradas del trono de Clodoveo, de Carlomagno y de San Luis; la misma reina Amelia se sintió vivamente afectada por este enlace; pero Luis Felipe apenas fijó en ello la atencion, y el duque de Orleans, que hacia de la religion un negocio de opinion más que de conviccion, no vió ningun obstáculo en su alianza con una princesa no católica. Por lo demas, la princesa fué recibida con respeto, y las bodas se celebraron el 30 de Mayo de 1837, dándose con este motivo brillantes fiestas.

La Francia obtuvo una victoria más gloriosa al otro lado del Océano. Las repúblicas formadas con los restos de las posesiones españolas en América, eran presa de una continua anarquía que causaba muchas pérdidas á los negociantes europeos, especialmente en Méjico. El gobierno francés hizo algunas reclamaciones, á las cuales el presidente Bustamante no se apresuró á hacer justicia; una flota colocada á las órdenes del contra-almirante Baudin, y en la cual se encontraba el príncipe Joinville, uno de los hijos del rey, fué á pedir la reparación de los cargos de que tenía que quejarse. Con cinco buques solamente, el 27 de Noviembre de 1838 Baudin bombardeó el fuerte de San Juan de Ulloa, colocado en una pequeña isla que protege á Veracruz, é hizo prevenir al general méjicano, que se encontraba en la ciudad, que si el día 28 á las ocho de la mañana no se había firmado la capitulación, daría el asalto. El fuerte fué entregado á los franceses, reducida á mil hombres la guarnición, y estipulada una indemnización á los negociantes franceses que se habían visto obligados á abandonar la ciudad (9 de Marzo de 1839). Una intervención de la misma naturaleza tuvo lugar en Buenos Aires (Junio de 1838); pero fué preciso esperar largos años antes de obtener las reparaciones solicitadas. La república de Haití, en otro tiempo bajo la dominación francesa, había visto reconocida su independencia en 1825, mediante una indemnización de ciento cincuenta millones de francos á los antiguos colonos; el pago de esta indemnización sufría tantos retrasos, que fué preciso también enviar una escuadra á estos parajes; la república intimada cedió y consintió en pagar sesenta millones de francos, á cuya cifra quedó reducida su deuda (12 de Febrero de 1838).

Empero las victorias del exterior no desarmaron la oposición de que era blanco el gabinete de M. Molé; todos los partidos se habían coaligado para derribarle, aprovechándose especialmente la coalición de dos cuestiones de política europea: la de Bélgica y la de Ancona. La Bélgica no había sido aún reconocida por la Holanda, que reclamaba las provincias de Limburgo y de Luxemburgo: la Francia intervino en la contienda entre los dos Estados, manifestándose favorable á la Bélgica, si bien le

aconsejaba la cesión de la parte oriental del Luxemburgo y la parte del Limburgo situada al otro lado del Mosa, obteniendo en compensación una reducción en la parte de la deuda correspondiente á la Bélgica, durante el tiempo en que los Estados no habían formado más que uno solo. La Bélgica cedió aunque no de muy buena gana (Abril de 1839); en Francia la oposición gritó que las fronteras del país se hallaban descubiertas por culpa de un ministerio que no había tenido la firmeza necesaria para sostener la causa de un pueblo amigo.

La evacuación de Ancona no fué explotada con ménos ardor contra el ministerio. Esta ciudad no había debido ser ocupada sino hasta la evacuación de los Estados de la Iglesia por los austriacos; pero el gobierno francés, conociendo que la posición era importante para obrar en Oriente, resolvió pronto mantenerse en ella indefinidamente. Esta era la política de M. Thiers; empero M. Molé no creyó propio de una buena política conservar una posición injustamente adquirida, especialmente después que el motivo invocado para la ocupación había dejado de existir; hizo justicia á la petición de la Santa Sede, y las tropas francesas abandonaron á Ancona (25 de Octubre de 1838). La coalición, cuyos jefes eran Thiers, Guizot y Odilon Barrot, se apoderó vivamente de este hecho para gritar en voz alta que el ministerio abandonaba los intereses de Francia y los sacrificaba á trueque de agrandar al clero. M. Molé, para mantenerse en el poder, recurrió á una disolución de la Cámara de los diputados, procediendo á unas nuevas elecciones generales, las cuales, como fueran favorables á la coalición, presentó su dimisión (9 de Marzo de 1839). Sus adversarios se dividieron después de su triunfo y hubo una crisis ministerial que duró seis semanas. Fué preciso un motín para poner fin á la crisis (domingo 12 de Mayo); el motín fué prontamente reprimido, hizo cesar todas las vacilaciones y se formó un ministerio presidido por el mariscal Soult con la cartera de Negocios Extranjeros: entonces se abrió la cuestión de Oriente.

El tratado de Kutayah, que en 1833 había puesto fin á la guerra entre Mehemet-Alí y el sultán Madmoud, y que dejaba al virey de Egipto la Siria con el distrito de Adana, no po-

dia traer más que una tregua y no una paz verdadera. Mahmoud era demasiado altanero para dejar á su vasallo dueño tres de las más bellas provincias de su imperio, la Siria, el Egipto y la Arabia: «Preferiría morir, decía al embajador inglés, antes que dejar de destruir á mi vasallo rebelde,» y no perdió ni un momento de vista su venganza. Mehemet-Alí, por su parte, se preparaba á una vigorosa defensa. Mahmoud tenía en su favor á la Rusia, pero las simpatías de Francia y de Inglaterra eran favorables al pachá de Egipto. Consiguó separar la Inglaterra de la Francia, y el almirante Stopford, que mandaba la flota inglesa del Mediterráneo, recibió orden de unirse á la flota turca y vigilar los movimientos de la egipcia (1838). Al mismo tiempo, algunos emisarios de la Puerta encendían y fomentaban el descontento excitado en la Siria por las medidas vejatorias de Ibrahim, de suerte, que Soliman-Pachá (coronel Seves) había tenido que reprimir una formidable insurrección de los drusos. Mehemet-Alí se esforzaba además por estar á la defensiva; estaba dispuesto para la guerra, pero no quería tener la culpa de empezarla.

Cuando el sultán se creyó dispuesto á obrar, dió orden á Hafiz-Pachá, que mandaba el ejército de la frontera, de entrar en Siria. El movimiento se efectuó en 13 de Abril, y el 21 había llegado al Eufrates. A esta noticia Ibrahim-Pachá se puso en marcha y concentró su ejército al rededor de Alepo; Mehemet-Alí, que se encontraba en el Alto-Egipto, se apresuró á volver á Alejandria. Los dos ejércitos enemigos se encontraron sobre la carretera de Alepo, en la llanura de Nezib, trabándose una batalla decisiva (24 de Junio de 1839). La victoria fué vivamente disputada, hasta que por fin la superioridad de la disciplina y la táctica del ejército egipcio la alcanzaron sobre el furor de los otomanos. Hafiz dejó tres pachás muertos, 104 piezas de artillería, 20.000 fusiles, 9.000 prisioneros, sus tiendas, sus bagajes, y hasta su decoración de diamantes; tuvo más de 4.000 hombres muertos ó heridos mientras que Ibrahim tuvo solamente 3.200. Algunos días después (30 de Junio) Mahmoud espiraba en Constantinopla antes que llegara hasta él la noticia del desastre; no dejaba para sucederle más que á un jóven, Abdul-Medjid, que apenas con-

taba diez y seis años de edad, y el 5 de Julio el capitán Pachá-Achmet hacía salir la flota turca de los Dardanelos é iba á entregarla á Mehemet-Alí en el puerto de Alejandria.

Sin flota, sin ejército, con un soberano todavía mal asegurado en el trono é incapaz de hacerse obedecer, la Turquía estaba una vez más perdida sin la intervención de las potencias europeas. La Inglaterra temía ver llegar á Ibrahim á Constantinopla porque los rusos acudirían á rechazarle; la Francia, siempre simpática á Mehemet-Alí, temía que éste lo perdiera todo deseando ganar demasiado. Los embajadores de las cinco grandes potencias en Constantinopla se interpusieron, pues, entre el sultán y su vasallo, que habían empezado á negociar, y que tal vez se iban á arreglar directamente de una manera favorable á los intereses del vencedor. El 27 de Julio de 1839 fué enviada al consejo una nota colectiva por los representantes de Francia, Inglaterra, Prusia, Austria y Rusia, concebida en estos términos: «Los cinco embajadores que suscriben, con arreglo á las instrucciones recibidas de sus respectivas córtes, se felicitan de tener que anunciar á los ministros de la Sublime Puerta que están de acuerdo las cinco potencias con respecto á la cuestión de Oriente, y suplican á la Sublime Puerta, esperando los frutos de sus disposiciones benévolas, que no decida absolutamente nada sobre la referida cuestión de una manera definitiva sin contar con su concurso.»

Esta nota era una falta debida á la debilidad del ministerio francés: era enteramente favorable á la política inglesa, que anulaba así los resultados de la victoria de Nezib, despreciaba á la Rusia que veía con despecho la cuestión turca sometida á la arbitrariedad de la Europa, mientras que ella hubiera deseado verla entre sus propias manos. El acuerdo que parecía existir entre las cinco potencias no era, pues, más que aparente, y la Rusia debía aprovechar la primera ocasión para desunir á Inglaterra y á Francia, cuya inteligencia la había impuesto la nota colectiva.

La Francia y la Inglaterra estaban de acuerdo para mantener la integridad del imperio otomano, pero la Francia, en donde Mehemet-Alí se había hecho popular porque se creía que había introducido en Egipto una verdadera civiliza-